

verificado semejantes ejecuciones; pero el misterio que hiere la imaginacion existia; y aunque lord Nelvil se hallaba mas distante que nadie de mezclarse de modo alguno en los asuntos políticos de un país extranjero, se sentia oprimido por aquella arbitrariedad sin apelacion que dominaba en Venecia sobre la cabeza de todos.

CAPITULO IX

— No debeis juzgar, dijo Corina á lord Nelvil, solamente por las impresiones desagradables que producen en vuestro ánimo esos medios silenciosos del poder: es preciso que observeis tambien las prendas eminentes de aquel Senado que convertia á Venecia en república para los nobles, y les inspiraba otro tiempo la energía y la grandeza aristocrática. Los vereis, severos unos con otros, establecer á lo ménos en su seno las virtudes y los derechos que deben pertenecer á todos: veréislos paternales con sus súbditos, cuanto es posible, considerándolos únicamente bajo el respecto de su bienestar físico: en fin les hallareis suma vanidad de su patria, de esa patria que es propiedad suya, pero que saben

hacer amable al mismo pueblo excluido de ella por tantos respetos.

Corina y Osvaldo volvieron juntos á la sala donde entónces se celebraba el consejo: hállase rodeada de los retratos de todos los Duces; pero, en lugar del que fué degollado como traidor á su patria, han pintado una cortina negra, sobre la cual está escrito el dia de su muerte, y la especie del suplicio. Las vestiduras reales y magnificas que cubren las imágenes de los demas Duces, hacen mayor la impresion de aquella terrible cortina negra. Hay en esta sala un cuadro que representa el juicio final, y otro el momento en que el mas poderoso emperador, Francisco Barbaroja, se humilló delante del Senado de Venecia: es hermosa idea reunir de esta suerte todo cuanto debe exaltar la altivez de un gobierno, y abatir la misma altivez delante del cielo.

Fueron Corina y lord Nelvil á ver el arsenal: delante de la puerta hay dos leones esculpidos en Grecia, y trasladados luego desde el puerto de Atenas para ser guardianes del poder veneciano; guardianes inmóviles, que solo defienden lo que se respeta. El arsenal está lleno de trofeos marítimos; y la famosa ceremonia de las nupcias del Dux con el mar Adriático, y todas las instituciones de Venecia, dan fe de su reconocimiento al mar. Tienen por esta parte alguna semejanza con los Ingleses, y lord Nelvil advirtió claramente el interes que aquella semejanza debia inspirarle.

Llevóle Corina á la cima de la torre llamada el campanario de San Márcos, que se halla á algunos pasos de la iglesia. Desde allí se descubre toda la ciudad en medio de las ondas, y el dique inmenso que la defiende del mar; á lo léjos se divisan las costas de la Istria, y de la Dalmacia. — A la parte de esas nubes, dijo, Corina, está Grecia. ¡No es bastante esta idea sola para conmover! Allí hay todavía hombres de imaginacion fogosa, de carácter exaltado, envilecidos por la suerte; pero quizá destinados como nosotros á reanimar un dia las cenizas de sus mayores. Siempre es algo un país que ha existido; siquiera sus habitantes se afrentan de su actual situacion; mas en las regiones que nunca consagró la historia, ni aun recela el hombre que hay otro destino que la oscuridad servil heredada de sus abuelos.

Esa Dalmacia que divisais desde aquí, prosiguió Corina, otro tiempo habitada por un pueblo tan belicoso, conserva todavía algo de salvaje. Los Dalmacios están tan ignorantes de lo que pasó hace quince siglos, que todavía llaman á los Romanos *los omnipotentes*; es cierto que manifiestan noticias ménos añejas nombrándoos, á vosotros, *los guerreros del mar*, porque habeis llegado muchas veces á sus puertos; pero no saben cosa alguna de lo demas del mundo. Agradaríame, continuó Corina, ver todos los países donde hay algo original en las costumbres, en los trajes, ó en el habla: el mundo ci-

vilizado es muy monótono, y en muy poco tiempo se conoce; ya he vivido bastante para conseguirlo. — ¿ Quien vive junto á vos, interrumpió Osvaldo, ve jamas el término de lo que hace pensar y sentir? — ¡ Quiera Dios, respondió Corina, que tampoco se disipe ese encanto!

Pero dediquemos, prosiguió, todavía un momento á esa Dalmacia; cuando bajemos de la altura en que estamos, ya no divisaremos ni aun las líneas dudosas que nos indican de léjos ese país tan confusamente como un recuerdo en la memoria de los hombres. Entre los Dalmacios hay improvisadores, y tambien los salvajes los tienen, asimismo se hallaban entre los antiguos Griegos y casi siempre los hay en los pueblos que tienen imaginacion sin vanidad social; pero el ingenio natural se torna epigrama mas que poesía en los países donde el temor de ser objeto de la burla es causa de que cada cual se afana por apoderarse de esta arma primero: los pueblos que se han conservado mas cercanos á la naturaleza, le han guardado igualmente un respeto muy favorable á la imaginacion. *Las cavernas son sagradas*, dicen los Dalmacios, expresando sin duda de esta manera un terror vago de los secretos de la tierra. Su poesía se parece algo á la de Osian, aunque habitan en el mediodía; pero no hay mas que dos modos muy distintos de sentir la naturaleza; animarla, como los antiguos, perfeccionarla con mil formas brillantes, ó dejarse llevar como los

bardos escoceses del temor del misterio, y de la melancolía que inspira lo incierto y lo desconocido. Desde que estoy con vos, me agrada esta última especie : en otro tiempo tenia bastante esperanza y viveza para amar las imágenes risueñas, y gozar de la naturaleza, sin temer al destino. — Yo soy, pues, dijo Osvado, yo soy quien ha marchitado esa hermosa imaginacion á que debí los placeres mas deliciosos de mi vida. — No es culpa vuestra, respondió Corina, sino de una pasión violenta : el talento necesita de una independencia interior que el verdadero amor no consiente jamas. — ¡ Ah ! si es así, exclamó lord Nelvil, calle tu genio, y sea mio todo tu corazón. No pudo decir estas palabras sin conmoverse, porque en su mente prometian mas que expresaban. — Entendiólo Corina, y no se atrevió á responder, temerosa de alterar tan suave impresion.

Sentíase amada, y como tenia costumbre de vivir en un país donde los hombres lo sacrifican todo al cariño, se seogaba fácilmente, persuadiéndose que lord Nelvil no podría separarse de ella : al mismo tiempo indolente y apasionada, discurría que bastaba ganar dias, y que el peligro de que ya no se hablaba habia pasado. Corina vivía, en fin, como los mas de los hombres cuando los amenaza mucho tiempo la misma desgracia ; llegan á creer que no sucederá, únicamente porque todavía no ha sucedido

El aire de Venecia, y la vida que allí se hace es en extremo adecuada para adormir el alma con esperanzas ; el tranquilo mecer de los barcos inclina á la suspension y á la pereza. Oyese á veces á un gondolero puesto en el puente de Rialto, empezar á cantar una estancia del Taso, mientras otro gondolero le responde con la estancia siguiente al otro lado del canal. La música antiquísima de aquellas estancias se parece el canto de iglesia, y de cerca se advierte su monotonía ; pero al aire libre, y por la noche, cuando los sonidos se dilatan en el canal como los reflejos del sol al ponerse, y los versos del Taso prestan tambien sus bellezas de ternura á todo aquel conjunto de imágenes y de armonía, es imposible que dejen de inspirar aquellos cantos la mas deliciosa tristeza. Osvado y Corina se paseaban por el agua largas horas uno al lado de otro, tal vez se decían una palabra ; y mas frecuentemente asidos de las manos, se entregaban callando á los pensamientos vagos que producen la naturaleza y el amor.